

TEXTOS EN PROSA BASADOS EN EL POEMA “CANCIÓN DEL JINETE” DE LORCA



“Y parece que fue ayer, mas no quiero acordarme. Del arma al cañón, del fuego a la ceniza, de la mota al polvo, de la sonrisa a la lágrima, de la felicidad a la miseria. Querida y estimada Córdoba, nunca quise traicionarte, mas no puedo ya saldar mi deuda ni pagar por mi pecado si no es volviendo a ti, bella y cálida tierra. No quieras perdonarme, tampoco lo pude hacer yo; abandonarte por miedo, por ser diferente, por pensar diferente. Créeme, pude ver en una milésima de segundo como aquel soldado azul estaba dispuesto a apretar el gatillo que podría haberme ahorrado mil y un lamentos, sin embargo escapé defendiendo mis colores, defendiendo lo que podría haberte liberado de esa tremenda e infame lucha entre los que querían la paz y los que la robaron.

Todo este tiempo, Y refugiado entre mentiras y máscaras he podido entender que no hay lugar que se te asemeje, oh querida Córdoba, lo que daría por volver atrás y haber caído rendido a ti como un suspiro profundo. Nunca pude olvidarte aunque hubiera querido, mi sitio estaba contigo.

Y de camino me hallo, montado en mi negra jaca bajo la luna inmensa que mi destino guarda, cuán largo se hace el camino, cuando las ansias te embargan, cuán agri dulce la espera, mezcla de alegría y rabia. Luna roja de mi alma, mi bandera y mis palabras, dime qué final me espera en mi Córdoba lejana.

Al final de mi sendero, te intuyo ciudad amada y aunque no temo morir, muero por descubrir qué destino me deparas. Y cuando ya estoy a tus puertas tiemblo de emoción y de ganas y ya no importa lo que pase, si quiere que me lleve la parca”.

Aitana Gilabert (1º Bachillerato, 1.5)

“Córdoba, lejana y sola”



“Se alzan torres en sombra, lejos en el horizonte. Veo una luz en el Alcázar, allá en Córdoba, lejana y sola, y mi jaca la siente, siente la ciudad y sigue el zapateo que filtran sus muros. Acelera negra y bailo yo a sus lomos, luchando por no caer. El aire es guitarra, que hace bailar crines negras, la oigo aullar en mis oídos mas huye de mí el camino, y sigue siendo lejana aquella, mi ciudad.

Mi lucha vana es onírica, como lo es mi Córdoba. Yazgo en cama ajena, en cama extranjera, y no es mi sueño otro que llegar a ver la luna, paseando entre naranjos y cubriendo mi rostro dormido. Duermo hoy, final del camino, con otra luna en el cielo. Cierro los ojos y marcho por caminos de almendra y oliva buscando un lecho pupilado por Acisclo y Victoria.

Nada me queda en tierra andaluza, nada me falta bajo este techo. Vida y obra albergan estos muros nuevos, gente y voces muy distintas hacen eco en sus esquinas, y música en domingo. La felicidad y el pan me encontraron aquí, una mujer y mis hijos también. Todo lo que Córdoba no me dio, pero es allí donde me dirijo.

Es la vida un viaje con principio y con fin. Mi principio estuvo en Córdoba y mi final también. Aunque sepa los caminos, no es posible que llegue ya, la vida se despide y me deja sin más. Muerto sí, mi cuerpo, mas vivo mi legado, mi recuerdo y mi ciudad. Habrá un día en que mis hijos recuerden un palacio, una mezquita, suelos blancos a los que no volví, cubiertos de azahar.

Sé que mi aliento es finito y mis ojos están cansados. Ya es tarde para mí, y aunque sepa los caminos, nunca llegaré. La muerte me espera antes de llegar a Córdoba”.

Daniel de la Torre (1º Bachillerato, 1.5.)